



Cronwell Jara Jiménez: Pancho Fierro. *Picardías de un lujurioso y festivo acuarelista*. Lima: Montacerdos Oficial, 2021, 479 pp.

La vena satírica e irreverente del narrador Cronwell Jara (Piura, 1949) aparecida en varios cuentos de Babá Osaím, cimarrón, ora por la santa muerte (1989), reaparece en esta novela. Si en el anterior libro el enfoque radicaba en tratar como seres humanos, con defectos y virtudes, a santos peruanos como Martín de Porres y Santa Rosa de lima, ahora la mirada describe al famoso pintor y a héroes y heroínas que forjaron la independencia del Perú en 1821.

Ahora, en el libro, la vida del acuarelista Pancho Fierro, junto a sus excelencias pic-

tóricas, incide en su condición de amante dotado con genitales exuberantes que se convertían en una atracción poderosa para las mujeres, especialmente las de clase aristocrática, que se olvidaban de su condición de negro o mulato semiliberto. Por ejemplo, Mariana, su madrina, gozaba cuando Pancho la frotaba con la toalla luego que ella tomaba su baño: “-Ahora pase la toalla por mis nalgas –deseosa de ternura-. Toque, no tiembre. Y asee la humedad de mis senos y axilas” (p. 77). A lo largo de la obra, se fusiona el lenguaje más pulcro y artístico con el lenguaje grueso y callejero.

En el soporte histórico independentista adquieren un papel fundamental las mujeres: Rosa Campusano, Manuelita Sáenz. Son capaces de ofrendar lo mejor de ellas para rebelarse contra el yugo español y conseguir la libertad. En una secuencia, la personaje muestra toda su valentía al arengar la rebelión contra la corona española: “-¡Viva el general montonero! –Apareció soltando sus pasquines, hecha un viento de batallas, la guayaquileña Rosa Campusano y su tabaco de Jaén de Matamoros-“ (p. 23). Sin embargo, la virtud de sacrificio va acompañada de rencillas y envidias entre las encopetadas damas. Así doña Mariana ve en la Campusano a una avispa aprovechadora que quiere convertirse en líder utilizando al General San Martín: “Sorbió su corazón y

cerebro. Lo embobó en el palacio del municipio. Fue un pelele a su lado” (p.77).

Respecto a Manuelita, se la relaciona siempre con Simón Bolívar: “-Y cuéntenos, mi bella Manuelita, ¿cómo es así que congenió con el famoso Libertador?” (p. 320). Se desliza la idea que la mujer se puede enamorar de un hombre valiente e inteligente; y la entrega es total, no sólo a nivel íntimo, sino en la vida social. Manuelita se considera su cómplice: “-Él es inteligente; me aceptó como su consejera –paladeando una copa de pisco-. ¿Si supiera las cosas que habíamos tramado!” (p. 321).

La novela tiene también un soporte mítico respecto a las creencias del mundo afro. Las diversas referencias Ekobio, el duende africano de tres ojos consolida esta visión. Se trata de un poseedor y dador de poderes. Se tiene la impresión que esta deidad es quien en verdad propicia el talento artístico de Pancho Fierro; además, no cabe duda que es su protector, pues varias veces lo salva de la picota. Como representante de la religión negra quiere que no solo su raza sino toda la humanidad viva gozando del placer sexual, acompañado de dosis de erotismo. Porque junto al placer artístico debe estar el placer erótico. Por eso le aconseja: “Absorber a la mujer completa. No solo el seno. Devorarla. Poseerla. Dar

luz a una nueva vida. Mira los colores de las mistureras” (p. 41).

De estas referencias sexuales y eróticas no se salvan ni los sacerdotes: son los más entusiastas cultivadores del sensualismo, muy atraídos por las esclavas negras. El cura y vicario aristócrata Nicolás Rodríguez debe responder a esta pregunta. “¿Cómo un cura, blanco, rubio, de ojos azules, doctor en filosofía, se iba a casar con una esclava?” (p. 38). No cabe duda, el poder generador emanado del vientre avanza contra los cánones y hábitos de los hombres.

*Rocío Uribe Henostroza*